

Revitalizar la espiritualidad vicenciana

Juan Patricio Prager, CM

Siempre hemos visto 1617 como el descubrimiento del carisma vicenciano y el inicio de algunas obras para la evangelización de los pobres. Aquel año marcó los primeros pasos para desarrollar un estilo de vida vicenciano y una espiritualidad también. Una revisión rápida de las conferencias y las cartas de San Vicente, muestra su preocupación constante por aspectos de la espiritualidad vicenciana. La Reglas Comunes unen la preocupación por la espiritualidad con el fin de la Congregación. Las últimas Constituciones continúan el lazo entre la espiritualidad y el carisma en el primer capítulo sobre la vocación.

La espiritualidad incluye varios elementos. Se trata de nuestra relación con Dios y con los demás. Estos encuentros conducen al crecimiento y la transcendencia. Nace en el carisma como una manera de vivir el don del Espíritu. Por lo tanto, la espiritualidad vicenciana tiene que unirse al carisma.

Con frecuencia hablamos del carisma vicenciano como si fuera una idea inventada por San Vicente. El carisma no es un concepto, más bien es la experiencia del Espíritu. Es el don del Espíritu Santo llamándonos a seguir a Jesús en una forma particular. El Espíritu nos invita a caminar con Jesús y él ilumina el sendero del Evangelio, el camino del Reino. El Espíritu crea la capacidad de recibir y vivir el don. El nunca impone. Hay que aceptar el don en libertad.

Vicente pasó gran parte de su vida huyendo del carisma. No quiso aceptar el don y cerraba su vida al movimiento del Espíritu. Se hizo sordo y ciego. Las experiencias con los pobres abrieron sus ojos en ciertos momentos a la realidad de ellos y la presencia de Jesús. Pero, en otros momentos estas experiencias provocaron miedo e inseguridad y dudas. ¿Ir con los pobres? ¿Abandonar mis planes? ¿Es lo que Dios quiere? ¿Es lo que yo quiero? ¿Cómo voy a vivir esta llamada? En la medida que va abriendo su vida a los pobres y va descubriendo el carisma, empieza a tener una nueva experiencia de Jesús. Ya no es Jesús imponiendo una vocación. Es Jesús pobre quien se encuentra en medio de los marginalizados. Él descubre que seguir a Cristo entre los pobres es el camino de la liberación. Dios lo había salvado de una vida egoísta y cerrada. San Vicente vuelve a los evangelios para entender esta experiencia de Jesús. Textos como Lucas 4 y Mateo 25 empiezan a hablarle en un modo nuevo. Durante treinta años va a ir resaltando los pasajes que hablan del amor de Dios que salva a los débiles y los sufridos. El seguimiento de Jesús le enseña nuevas maneras de relacionarse con Jesús y los pobres, las cuales van formando su espiritualidad.

El carisma es un misterio que se desenvuelve en la historia. Se encarna constantemente en nuevas culturas y situaciones. Nadie -ni el mismo San Vicente- puede decir que ha captado completamente todas las consecuencias de haber aceptado el don Espíritu. Paulatinamente el Espíritu nos guía hacia nuevas maneras de seguir a Jesús, evangelizador de los pobres, en las nuevas situaciones. Siempre ha habido nuevas revelaciones, nuevas ideas y nuevos modos de vivir el carisma, aun durante la vida de San Vicente.

El desarrollo dinámico del carisma indica la necesidad de revitalizar la espiritualidad vicenciana. En primer lugar, la espiritualidad vicenciana no se trata de repetir las frases del fundador. Tampoco es simplemente modernizar las costumbres, ni las oraciones o los actos de piedad de nuestro pasado. Nuestra espiritualidad se trata de seguir al Jesús pobre quien se encuentra entre los pobres. La

renovación de la espiritualidad vicenciana significa dar un nuevo respiro a la manera que vivimos el carisma.¹

La revitalización no comienza de la nada. La tradición vicenciana contiene una riqueza de experiencias las cuales tienen valor todavía. Sin embargo, significa evaluar los elementos de nuestro pasado que pueden ayudarnos seguir a Jesús, evangelizador de los pobres, hoy. No podemos aceptar o rechazar lo que recibimos del pasado simplemente porque es antiguo. Necesitamos un sentido crítico, arraigado en el carisma, que permite unas preguntas honestas acerca de la vida vicenciana. En cierto modo, las preguntas fundamentales son: ¿Nuestras expresiones de la espiritualidad nos permiten encontrar a Jesús pobre? ¿Promueven un encuentro compasivo con nuestros hermanos y hermanas los pobres?

La revitalización se trata del cambio. El cambio provoca unas reacciones y no todas son agradables: la inseguridad que viene de confrontar lo desconocido, el sentimiento del duelo por haber perdido algunas ideas y prácticas que valorizábamos, el miedo, la ira y la duda. Los mecanismos de defensa que surgen de estas reacciones incómodas impiden la renovación. Experimentamos esto después del Concilio. Estas reacciones humanas no han desaparecido. Una aceptación poca crítica del pasado (una arqueología vicenciana según algunos) sofoca la revitalización. Cerrar nuestros ojos a las señales de los tiempos lo hace imposible seguir a Jesús, evangelizador de los pobres, por nuevos rumbos. EL Espíritu Santo revela las nuevas manifestaciones del carisma. Si intentamos interpretar estos impulsos desde nuestros miedos e inseguridades, siempre interpretaremos mal su significado. Podemos traicionar el carisma vicenciano si obstinada y ciegamente seguimos sus expresiones antiguas.

La renovación de la espiritualidad vicenciana requiere movimiento, cambio de ideas y nuevas expectativas. Permítanme señalar algunos movimientos que puedan conducirnos a revitalizar nuestra tradición espiritual.

1. El movimiento de la espiritualidad como el camino a la perfección a la espiritualidad como el camino a la caridad

Antiguamente hubo razones, teológicas y bíblicas, por considerar la espiritualidad como el camino a la perfección. San Vicente utilizaba este lenguaje con frecuencia. Pero el santo sabía que la santidad se trata del amor y que la perfección solamente se realiza en la caridad.

El camino a la perfección, en la práctica, provocó unos problemas pastorales y espirituales. Para algunas personas se hizo una idea semipelagiana de ganar la salvación por fuerza de voluntad o talentos personales. La gracia se hizo un premio que se podía merecer por haberse portado bien, más que el don gratuito de Dios. Era necesario realizar ciertas prácticas y acciones para cumplir con las exigencias de Dios. Para otros, el perfeccionismo produjo un orgullo sutil de ser mejor que las demás personas débiles y pecadoras. Para la mayoría significó fingir la apariencia de la perfección. Por supuesto, una parte del problema era: ¿Cómo entender al Dios que exige la perfección? ¿Cómo relacionarnos con los pobres y los débiles que no son perfectos?

La espiritualidad vicenciana se trata de las relaciones porque el Evangelio se trata de las relaciones con Dios y las demás personas. La evangelización no significa enseñar más doctrinas o dar nuevas leyes. Las Buenas Noticias que Jesús anuncia a los pobres, en palabra y obra, es que Dios es un Padre que nos ama. El mandamiento evangélico es ser compasivo como el Padre es compasivo. La

caridad no es igual a las obras y los proyectos. Significa el encuentro. ¿Cómo nos encontramos con Cristo y con los pobres?

Es preciso hacer preguntas honestas: ¿Nuestras prácticas espirituales nos permiten descubrir a Cristo presente en los marginales de la sociedad? ¿Hablar de *ver a Cristo en los pobres* nos impide ver a los pobres? ¿Cómo podemos crear solidaridad con las personas que no vemos o escuchamos? Estas no son solamente preguntas pastorales. Llegan al corazón de nuestra espiritualidad. Tenemos que examinar los elementos de nuestra tradición espiritual (votos, virtudes, oraciones, entre otros) y preguntar: ¿Cómo pueden ayudarnos a encontrar a Cristo pobre y a nuestros hermanos y hermanas pobres?

2. El movimiento de una piedad vicenciana a una espiritualidad vicenciana

Una piedad vicenciana no es igual a una espiritualidad vicenciana. A veces confundimos ambas cosas. Quiero decir aquí la piedad en el sentido de las prácticas devocionales y no el don del Espíritu Santo. Las actividades exteriores, ciertas oraciones, prácticas y devociones tienen su lugar. Pero sólo en el grado de que expresen una espiritualidad más profunda. Las devociones son un medio y no el fin. La meta no es repetir unas palabras o acciones especiales. La señal de la espiritualidad vicenciana no es la conformidad a los actos tradicionales de piedad. Las emociones y los sentimientos fuertes son aún menos evidencia de una espiritualidad vicenciana. San Vicente criticó claramente el error de confundir el fervor con la espiritualidad. La frase popular de *amar a Dios con el sudor de la frente y la fuerza del brazo* viene de una conferencia en donde el santo lanza preguntas sobre el deseo de fervor. *Más problema que ayuda*, dice San Vicente.

Nuestras prácticas espirituales tienen que facilitar la relación con Jesús evangelizador de los pobres, y con nuestros hermanos y hermanas. Los actos piadosos pueden ser una expresión rica de la espiritualidad vicenciana. Pero, también, pueden ser un escape a la fantasía. Por lo tanto, hay que hacer las preguntas serias: ¿Nos ayudan a descubrir a Cristo en las situaciones feas donde él acompaña a los pobres? ¿Nos hacen más sensibles a los pobres? ¿Nuestras oraciones y devociones nos hacen más compasivos?

3. El movimiento de los valores premodernos a los valores posmodernosⁱⁱ

San Vicente se expresó como hombre del siglo diecisiete. Sus sensibilidades y maneras de entender siempre reflejan la sociedad premoderna que él habitaba. El entregó el carisma junto con muchos valores premodernos. No siempre hemos prestado la atención a las limitaciones culturales e históricas de lo que recibimos del santo. Sin el sentido crítico hemos intentado repetir unos valores y prácticas, los cuales solamente se pueden mantener con dificultad en el mundo posmoderno. (La uniformidad, la visión jerárquica de la autoridad y la obediencia, entre otras cosas, vienen a la mente). Nuestra aceptación no-crítica de la tradición ha escondido de nuestra conciencia la presencia de las adiciones del siglo diecinueve.

Las sensibilidades premodernas no sólo son valores de la sociedad. San Vicente tuvo un método teológico muy clásico el cual es exactamente opuesto al método teológico del siglo XXI. Su manera de entender la cristología, la eclesiología y el ministerio, marcó sus expresiones espirituales. El acudió a los teólogos contemporáneos para ayudarlo comprender sus experiencias de seguir a Jesús, evangelizador de los pobres. Estos maestros espirituales no le dieron la experiencia. Le ofrecieron un filtro teológico para entender su propia experiencia.

Revitalizar la espiritualidad vicenciana significa incluir los valores posmodernos que coincidan con el evangelio. Igual a San Vicente, necesitamos nuevos maestros teológicos que puedan ayudarnos entender las experiencias de seguir a Jesús, evangelizador de los pobres.

4. El movimiento de la expresión unicultural a una expresión multicultural de la espiritualidad vicenciana

La Congregación de la Misión esencialmente fue una comunidad europea hasta el siglo diecinueve y veinte. Aun las casas de ultramar en Asia, África y América, se componían de cohermanos de los países europeos. Lógicamente, la manera de entender y expresar la espiritualidad reflejaba las orígenes de los cohermanos.

Desde Vaticano II la Iglesia ha hecho grandes esfuerzos para inculturar evangelio. Los documentos de la Congregación muestran este cambio a una unidad eclesial global. **Las Constituciones y los Estatutos, la instrucción sobre la estabilidad, la castidad, la pobreza y la obediencia y la Ratio Missionum**, han buscado las maneras de inculturar el carisma.

Deberíamos recordar que la inculturación no es folklorismo. Las manualidades y la música nativas solamente son la superficie de la cultura. El movimiento de inculturar nuestra espiritualidad no es simplemente incluir unos himnos locales en la liturgia. La cultura se trata de cómo un pueblo entiende y se relaciona con el mundo. Incluye los valores y los desvalores, los símbolos y las actividades. La espiritualidad vicenciana en estos contextos nuevos tiene que meditar sobre los valores presentados por la cultura a la luz de cómo nos permiten vivir el carisma. Si esperamos encontrar a Jesús presente en las distintas culturas y si queremos insertarnos en la realidad de los pobres, pues tenemos que pensar en la cultura, no sólo pastoralmente, sino como una experiencia espiritual.

5. El movimiento de la vida religiosa a la vida apostólicaⁱⁱⁱ

San Vicente siempre decía con claridad que no pertenecemos a la vida religiosa. Las Constituciones dicen que no somos de las sociedades de vida consagrada, sino de las sociedades de vida apostólica, y aunque esto sea importante, no ha sido siempre entendido bien. Es una de las áreas menos exploradas en las nuevas Constituciones. La influencia de la vida religiosa ha sido tan penetrante por tanto tiempo que hemos dejado de hacer preguntas sobre su efecto en nuestra vida. La expectativa se ha hecho que somos, en la práctica, religiosos. Este entendimiento ha tenido sus impactos en nuestra espiritualidad.

Una espiritualidad vicenciana tiene que ser menos monástica y más apostólica. La misión no significa ir a países lejanos o aun misiones populares de parroquia. Significa dejar nuestro pequeño mundo para entrar en el mundo del pobre. Una espiritualidad misionera no incluye llevar a Cristo a los pobres. Él nos precede. Él ya está presente entre los pobres. La espiritualidad misionera significa descubrir su presencia junto con el pueblo. En otro sentido significa vivir el evangelio en un mundo, aun cuando ese mundo no está geográficamente distante.^{iv}

6. El movimiento del individualismo a la comunidad

Hay momentos en la vida espiritual que nos invitan a la soledad. Ser contemplativos en la acción significa la oración personal. Hay decisiones sobre el crecimiento, la santidad evangélica y el servicio de los pobres que requieren la reflexión y la responsabilidad personales. Existe la necesidad de un diálogo con el Señor, el cual, solamente puede ocurrir en el silencio.

El movimiento hacia la comunidad no significa que tenemos que hacer todo juntos. La oración personal, sin embargo, conduce a la unión con otros. Primero produce la unión con el Jesús pobre. Segundo, crea nuevas relaciones con las otras personas: los cohermanos, la Familia Vicentina y los pobres. La comunidad se concierne con los valores compartidos, una visión común y la actividad colaborativa.

Conclusión

La revitalización de la espiritualidad vicenciana es una tarea crucial para la Congregación de la Misión. Hace posible la renovación del carisma y nuestro ministerio. Estos seis movimientos, aunque no sean completamente novedosos para nosotros, puedan ser asumidos de nuevo en nuestra preparación para la Asamblea General.

NOTAS

ⁱ Han habido muchos estudios excelentes sobre la espiritualidad vicenciana en los últimos cincuenta años. Solamente menciono algunos artículos donde he tocado algunos temas de esta presentación.

Prager, JP., *Reflections on the renewal of Vincentian Spirituality*, **Vincentiana** 1981.

Prager, JP., *El carisma y la espiritualidad vicentinos y nuestro estilo de vivir*, **Clapvi** 2015;

<https://famvin.org/es/2017/01/25/carisma-la-espiritualidad-vicenciana-estilo-vida-primerayoso-yvicente/> parte-

Prager, JP., *La espiritualidad laical vicenciana en Laicado Vicenciano para el tercer milenio*, (Salamanca:Ceme, 2003).

ⁱⁱ Me parece que los dos artículos del P. Maloney sobre los votos y las virtudes van en esta línea:

Maloney, Robert, **El camino de Vicente de Paúl: una espiritualidad para estos tiempos al servicio de los pobres**, (Salamanca:CEME, 1993).

ⁱⁱⁱ Maloney, Robert, *Espiritualidad de las sociedades de vida apostólica*, **Vincentiana** 1997

<https://via.library.depaul.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=2130&context=vicentiana>

^{iv}Prager, JP, *el lado oscuro de la vocación misionera vicenciana*, **Vincentiana** 1995;

<https://via.library.depaul.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1647&context=vicentiana>